



Capítulo 53

La dueña de Merde, conocida por sus extraordinarias habilidades para evaluar magia en la Ciudad Laberinto, y que ya llevaba más de un año y medio trabajando como secretaria de Rine, era ella: Serenea. Se sentía constantemente agotada. Objetivamente hablando, sus funciones se limitaban a recibir a los huéspedes y gestionar las reservas, por lo que no había ninguna razón real para que se sintiera tan agotada. Sin embargo, no se trataba de fatiga física, sino de un grave agotamiento mental.

Para ser más precisos, se debía a los numerosos clientes problemáticos. Por supuesto, dado que el estatus de Merde era bastante alto, no había mucha gente que causara verdaderos problemas. Sin embargo, esto no significaba que no hubiera quienes le minaran la paz mental. De hecho, había momentos en los que pensaba que lidiar con los peores problemáticos podría haber sido mejor en algunos aspectos.

Hoy había sido un día relativamente tranquilo para Serenea, y se sentía bastante bien, al menos hasta que un hombre que parecía un noble entró con un caballero. En realidad, este hombre no era particularmente problemático. Como muchos otros, se jactaba de conocer a Rine, pero eso era algo que ella ya había oído cientos de veces, por lo que ni siquiera le resultaba molesto.

La razón por la que su estado de ánimo se había deteriorado repentinamente era por la persona que entró justo después de él. O más bien, «lo que» entró. El hombre, no, el noble, que lo seguía era la verdadera razón de su cambio de humor.

Incluso Serenea, con su sólida sonrisa capitalista, no pudo evitar sentir que su expresión se tambaleaba al enfrentarse a él.

«Ha vuelto otra vez».



Lavalde Greystone, hijo de Lucimore Greystone, actual señor de la ciudad laberíntica de Lartania, y conocido por toda la ciudad como un pedazo de basura humana. A pesar de que todo su poder provenía de su padre, lo ejercía como si fuera suyo y actuaba como si nadie fuera superior a él, excepto su padre: un niño mimado e ignorante de las costumbres del mundo.

Gastaba el dinero con arrogancia, sin mostrar ningún respeto por el noble que había entrado antes que él, insultándolo sin dudarlo. Serenea casi frunció el ceño, pero logró contenerse.

Después de todo, no tenía derecho a fruncir el ceño. Por muy problemático que fuera, seguía siendo el único hijo del señor de la Ciudad Laberinto. Incluso el maestro de Merde, a quien Serenea servía, tenía que inclinarse ante Lavalde, así que Serenea abrió la puerta en silencio. Pero lo que sucedió a continuación la dejó atónita y en silencio.

Rine, que siempre había mantenido una sonrisa a pesar de las molestas provocaciones del hijo del señor, de repente dijo: «Lárgate».

No fue solo el hecho de que Rine le diera un ligero golpecito en el hombro a Lavalde, como si su actitud anterior hacia él hubiera sido una mentira, lo que la sorprendió. Lo que la sorprendió aún más fue lo que siguió.

«Te estaba esperando, padrino».

Rine inclinó la cabeza respetuosamente ante el hombre que Serenea había considerado un invitado más.

«¿Qué está pasando?».



Serenea, confundida, se preguntó si estaba soñando. Después de todo, Serenea había observado a Rine durante casi dos años y sabía esto: incluso cuando venía el señor de la Ciudad Laberinto, incluso cuando llegaban nobles de alto rango de otros países, incluso cuando visitaba el príncipe del Reino de Ashtalon, Rine nunca había inclinado la cabeza ante nadie.

Por eso Serenea, bajando inconscientemente la sonrisa y dejando la boca abierta, pronto vio que los mercenarios y Lavalde hacían lo mismo. Se quedaron boquiabiertos, incrédulos.

«¿Qué... me acabas de decir?». Lavalde, que se había quedado paralizado como si su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito, finalmente procesó las palabras de Rine. Su expresión, antes aturdida, ahora se contorsionó en un claro disgusto.

Sin embargo, Rine respondió sin dudar: «Creo que te dije que te largaras».

Rine habló con tanta naturalidad que la expresión de Serenea se tornó en una de total sorpresa.

La razón de este comentario era clara para cualquiera que lo viera: era una declaración abierta de hostilidad hacia Lavalde. Lavalde soltó una burla incrédula antes de que su rostro se retorciera en una expresión demoníaca.

«No sé qué tiene de importante ese noble sin un centavo, pero me aseguraré de que te arrepientas de haberme dado la espalda».

Con esas palabras, se dio la vuelta y salió furioso de Merde.



Poco después de que Lavalde Greystone, el hijo del señor de Labyrinth City, se marchara con una mirada demoníaca en su rostro, una mirada que insinuaba que era capaz de cualquier cosa, Alon finalmente tuvo la oportunidad de hablar tranquilamente con Rine.

—Recibí tu carta. Debió de ser un viaje difícil, padrino. Y para ti también, tío —dijo Rine con voz tranquila, en contraste con Deus, que permanecía en silencio como si el silencio fuera oro, y Seolrang, que hablaba demasiado.

Alon, que la había estado observando, asintió levemente y preguntó: «... Pero, ¿de verdad está bien esto?».

«¿A qué te refieres exactamente?», respondió ella.

«Lavalde», respondió Alon, mencionando el nombre del hijo del señor de la Ciudad Laberinto, que acababa de volver a su mente.

Alon era consciente del inmenso poder que ostentaba el señor de esta Ciudad Laberinto, Lartania. También sabía que el señor solía proteger a su hijo, por lo que le preocupaba que Lavalde pudiera causar problemas a Rine, que se había establecido aquí, en Lartania.

—Oh, si eso es lo que te preocupa, no tienes por qué preocuparte —respondió Rine.

«¿De verdad? Pero es el hijo del señor. Parece que podría causarte problemas».

«Probablemente no volverá a aparecer. Además, no esperaba que conocieras a ese granuja».



Alon se detuvo un momento ante las palabras de Rine, pero respondió con naturalidad: «Es muy conocido en Lartania, por su aspecto y su actitud».

«¿Ah, sí? En cualquier caso, como dije antes, no hay por qué preocuparse».

Aunque su voz era monótona y sin emoción, a diferencia de las demás personas que había conocido, había una clara sensación de confianza en sus palabras.

«Bueno, si estás segura de eso», Alon asintió brevemente antes de entablar una conversación informal con Rine.

Naturalmente, su conversación no tuvo mucho contenido. Intercambiaron cumplidos sobre cómo le había ido en Lartania, si seguía en contacto con los niños del orfanato y otros temas sencillos.

Sin embargo, mientras continuaban con esta charla ligera, Alon no pudo evitar sentirse inusualmente bien. Podría parecer un poco divertido, pero sentía que Rine había crecido bien. No es que Deus o Seolrang no hubieran madurado, pero había algo en Rine que le daba la impresión de ser una hija diligente, a pesar de que antes no le había prestado mucha atención.

Debido a esto, Alon se sintió extrañamente orgulloso de ella y disfrutó de la conversación con buen ánimo. Después de un rato, cuando la charla llegó a su fin, Alon mencionó el motivo principal de su visita.

«La verdad es que he venido a verte hoy porque tengo que pedirte un favor».

«Pídeme lo que quieras».



«¿Existe por casualidad una fuerza de subyugación que se esté formando contra el Dios Exterior?».

Ante la pregunta de Alon, Rine pensó por un momento antes de responder: «Mmm... sí, creo que se está formando una fuerza de sometimiento en este mismo momento».

«¿Podrías ayudarme a unirme a esa fuerza de sometimiento?».

La razón por la que Alon había buscado a Rine, que tenía una influencia significativa en la Ciudad Laberinto, nada más llegar, era para poder unirse a la fuerza de subyugación contra el Dios Exterior. Era difícil unirse sin ser algo famoso dentro de Lartania.

Por supuesto, dada su reputación fuera de la ciudad, podría haberse unido por su cuenta, pero quería estar completamente seguro, por lo que acudió a ella.

«Después de lo que pasó antes, ahora podría ser un poco difícil».

«Por supuesto, podría ser un poco difícil...», comenzó Alon, recordando el comportamiento de Lavalde y dándose cuenta de que confiar en la ayuda de Rine podría ser realmente complicado. Pero entonces Rine tomó la palabra.

«Eso debería ser factible».

«... ¿Hmm? ¿En serio?», preguntó Alon, un poco sorprendido.

«Sí».



«... Pero ¿no se tensó un poco la situación entre tú y el hijo del señor hace un momento?». Alon dudó en decir que la situación parecía más que tensa, pero la miró, esperando su respuesta.

«No te preocupes por eso. No es algo que no pueda manejar. Además, ¿de verdad te preocupa tanto?», preguntó ella.

«¿Te refieres a Lavalde?».

«Sí».

«Bueno, es el hijo predilecto del señor, así que pensé que podría causarte algún problema», respondió Alon.

Rine asintió levemente antes de responder: «En cualquier caso, no tienes por qué preocuparte por eso».

«Mmm... Está bien, entonces lo dejaré en tus manos».

A pesar de su forma directa de hablar, sus palabras transmitían una gran seguridad, lo que hizo que Alon se sintiera extrañamente orgulloso de nuevo. Tras conversar un poco más, a Alon se le ocurrió algo y preguntó.

«Por cierto, ¿por qué me llamas padrino?».

«¿Perdón?»

«Bueno, Deus y Seolrang se refieren a mí como su benefactor o maestro, pero ¿por qué tú me llamas padrino? Solo tenía curiosidad».



Rine se detuvo un momento, pensativa, antes de responder: «Porque padrino me pareció la palabra más adecuada».

«¿Ah, sí?».

«Sí».

Tras un breve silencio, Rine añadió: «Por ahora, deberías descansar. Debes de estar cansado tras el largo viaje».

Con eso, Rine asignó habitaciones para Alon y Evan dentro de Merde y luego desapareció en algún lugar.

Tan pronto como se marchó, Evan, que había estado esperando, dijo: «Vaya, ha madurado mucho, ¿no?».

«¿De verdad?», preguntó Alon.

—Sí, sigue siendo un poco brusca, pero siempre ha sido así. Pero, aparte de eso... de todos los niños que hemos conocido, creo que ella es la que más ha madurado.

Alon asintió con la cabeza. «Es cierto, parece que ha crecido de la manera más ejemplar».

Rine había mencionado que les informaría de los planes futuros y, dado que no había pasado mucho tiempo desde que se habían dirigido al norte, Alon decidió que lo mejor era descansar y revisar sus planes. Con eso en mente, se dirigió



a la habitación que Rine le había proporcionado. Cuando entró, ya era tarde por la noche.

Al día siguiente.

Tras descansar apenas después de viajar apresuradamente a Lartania en carroaje, Alon se despertó sintiéndose aturdido, a pesar de haber dormido bastante tiempo. Al darse cuenta de que había salido el sol, se levantó lentamente de la cama, se vistió y salió de su habitación. Pronto se encontró con Rine, que estaba almorzando, con Serenea, su secretaria, guiándolo hasta allí.

Y entonces.

—Me he ocupado del asunto que mencionaste ayer —dijo Rine.

«¿Tan rápido?».

«Sí. Hoy hay una reunión ordinaria, así que puedes asistir».

Alon se quedó brevemente sorprendido por la eficiencia con la que Rine había manejado las cosas. Pero antes de que pudiera darle vueltas al asunto, ella continuó.

«Ah, y en cuanto a Lavalde Greystone, también me he ocupado de él. Lo maté limpiamente, así que ya no tendrás que preocuparte por él».



Lo dijo con tanta naturalidad, como si estuviera comentando el tiempo, mientras daba un mordisco a su salchicha. Su tono sonaba como si estuviera diciendo: «Hoy brilla el sol», a pesar de dar una noticia tan impactante.

Alon, que casi había respondido con indiferencia, se detuvo de repente. «Eh... ¿qué?».

Mirándola fijamente, su mente se llenó de innumerables interrogantes.